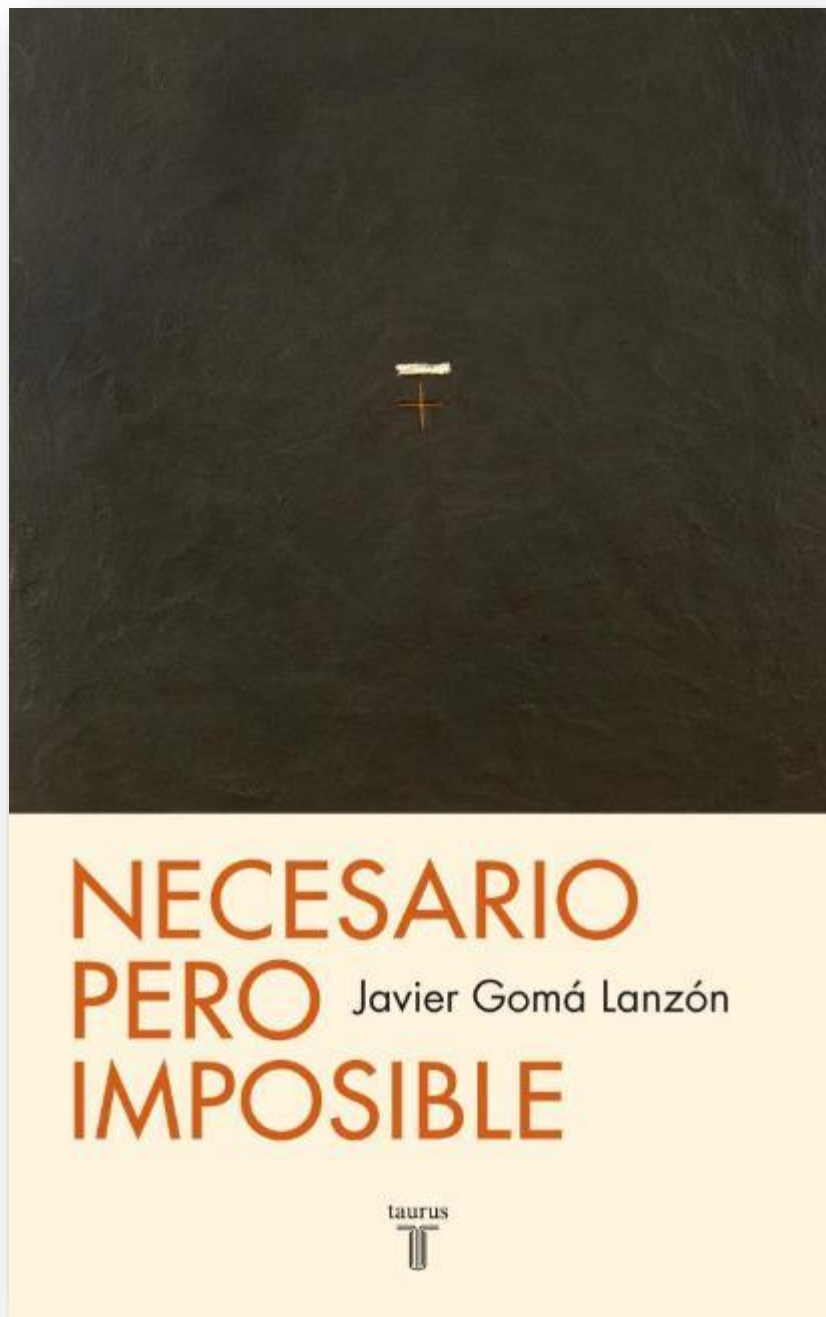




Jesús de Nazaret



Lo que de forma apremiante impulsó a Jesús a salir a los pueblos de Galilea a predicar la esperanza del reino fue la constatación del doloroso contraste existente entre, por un lado, la paternidad del Abba bueno y compasivo que cuida, ampara y protege a sus hijos (una evidencia que le embargó con arrolladora claridad cuando descendió sobre él el Espíritu) y por otro la cruel injusticia del mundo con esos mismos hijos.

El Dios que él ha experimentado dice un no radical a esa injusticia y se opone absolutamente a ella.



Es la insoportable discordancia entre el Dios paternal y el mundo injusto lo que impulsó al galileo a formarse la convicción inquebrantable de que Dios iba a intervenir de forma inminente en el mundo en socorro de los hombres y, en particular, de los pobres y pecadores más desesperados.

El reino a punto de irrumpir en el mundo es anticipado por la praxis de Jesús con enfermos y pecadores.



Jesús, al anunciar el reino, está prometiéndole una completa inversión de su estructura actual, lo que supondrá el fin de su negatividad, suprimida definitivamente por un Dios de la esperanza que se opone a ella con todo su poder y quiere secar las lágrimas de quienes han sido sus víctimas.

El anuncio remite a una acción transformadora de Dios sobre el mundo para vencer en éste sus resistencias antidivinas y hacerlo conforme a su bondad.



Jesús estaba persuadido de que ese Dios, por iniciativa propia y de modo inminente y repentino, iba a salir de su escondite y a romper su prolongado silencio para, por fin, mostrarse visiblemente ante todos.

La iniciativa divina mutaría de arriba abajo los fundamentos ontológicos de la realidad.

Sin embargo, y aunque Jesús anunció el reino, de hecho el reino no vino.

El mundo de la experiencia seguía siendo el mismo antes y después de la predicación de Jesús.



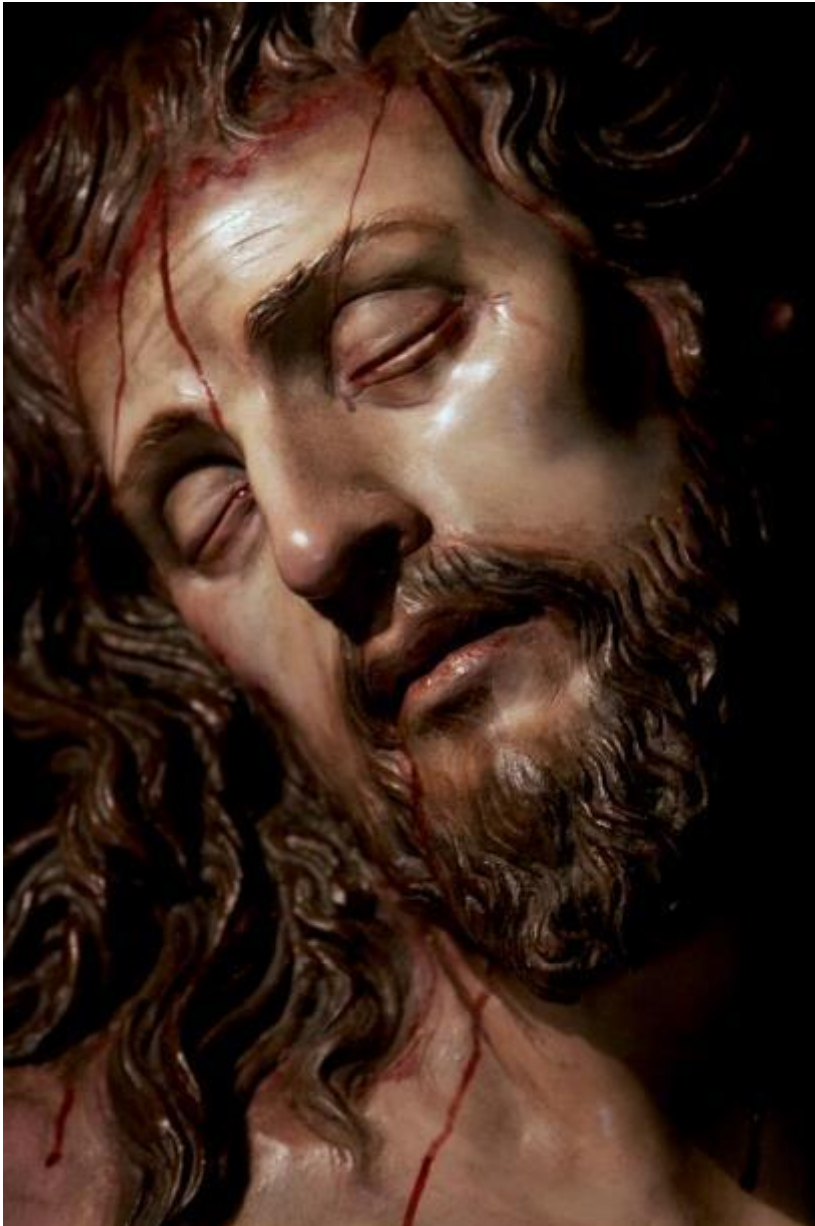
Jesús, acosado por los sacerdotes, presiente la proximidad de su muerte violenta. Ya no es sólo que el sufrimiento forme parte del advenimiento del reino, sino que se le insinúa la posibilidad de una bancarrota total de su ministerio.

Hasta el último momento, incluso en las vísperas de la muerte, albergó la esperanza de que Dios actuaría para transformar las injusticias estructurales del mundo.

Sin embargo, el Dios omnipotente no envió sus doce legiones para salvarlo.



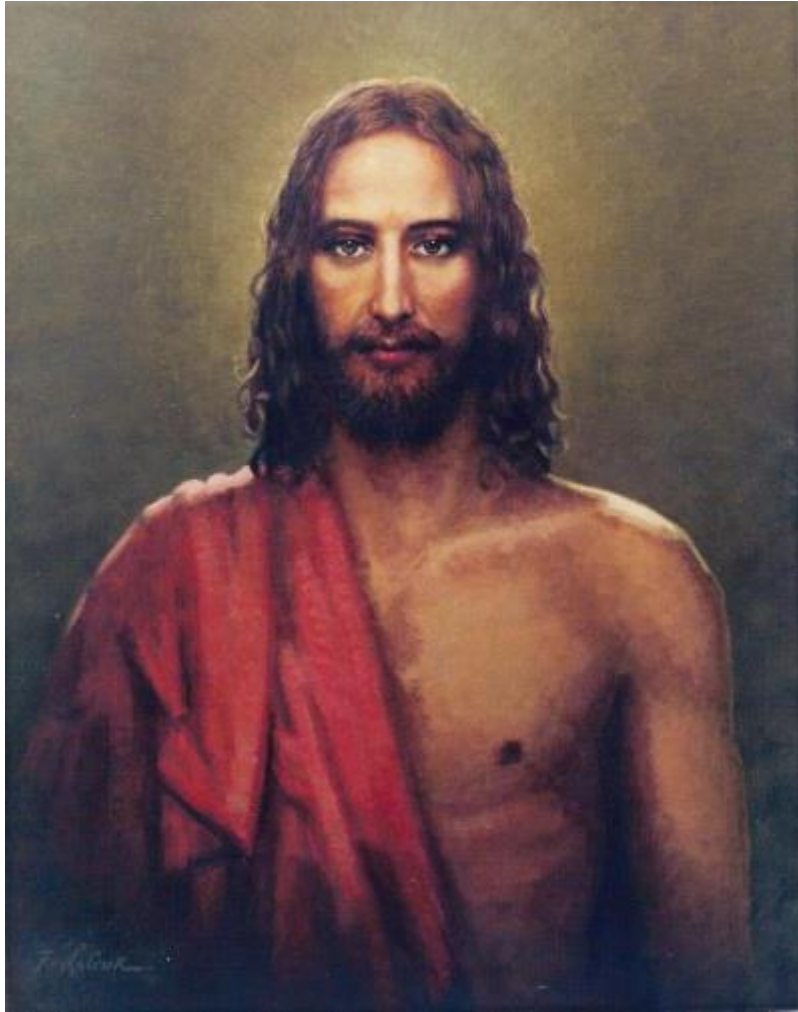
La muerte violenta de Jesús demostraba que nada se había modificado en sus estructuras, las cuales hallaban, por el contrario, su corroboración en quien había tenido la osadía de anunciar su inmediata reforma. Dios no intervino en el mundo.



La incomprensible pasividad de Dios, que no sólo no intervino para instaurar el reino prometido, sino que ni siquiera se movió para evitar esta iniquidad suprema contra su hijo, sólo podía interpretarse como un desmentido en toda regla, por vía de hecho, ante los hombres y ante el profeta mismo, del evangelio que éste había prometido públicamente en los años anteriores.



Jesús, en el recuerdo de la comunidad primitiva, exhibe una ejemplaridad excepcional. Su elevado ideal ético y la realización de éste en su vida le hacen merecedor al título del mejor de los hombres, el más noble representante de la humanidad sobre la tierra, el más perfecto ejemplar de nuestra especie. Es el hombre bueno por antonomasia, sin precedentes ni antecedentes, modelo máximo de toda bondad posible en el mundo.



Quienes conocieron al galileo presintieron en su individualidad un no se sabe qué de excepcional, una humanidad tan desmesurada que parecía de un género distinto, extrahumano. A su existir en el mundo le asistía una suerte de necesidad divina: alguien así “tiene que ser” y “tiene que seguir siendo”, y no debería nunca dejar de ser. Su “no ser” se antoja casi imposible porque pondría a Dios ante una suerte de contradicción consigo mismo.

La “súper-ejemplaridad” de este hombre hace de su muerte una “súper-injusticia”.

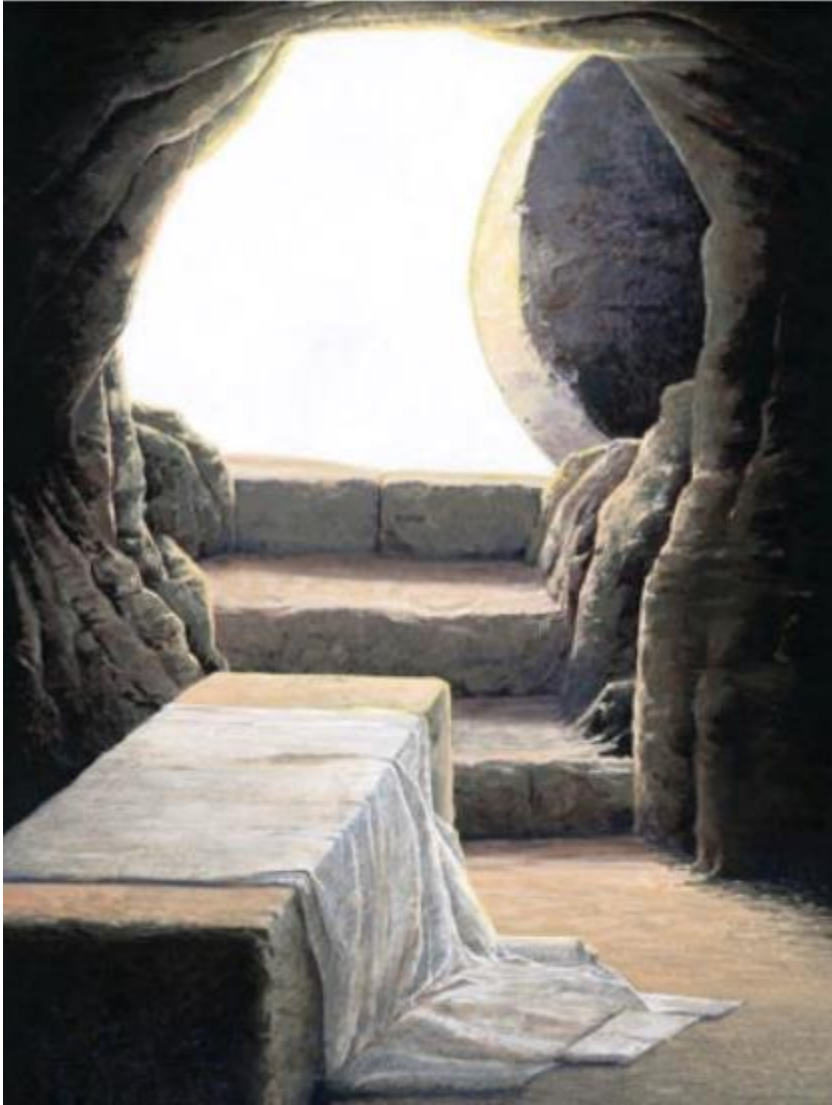


Los discípulos abandonaron a su maestro cuando fue apresado y ajusticiado.

Huyeron.

Apenas unos días después, de forma repentina y sin concierto previo, regresaron a la ciudad santa poseídos por una extraña exaltación y proclamando que “Dios ha resucitado a Jesús”.

Tuvo que producirse algo que, en el transcurso de poco tiempo, provocó no sólo un vuelco total y repentino de su estado de ánimo, sino que les habilitó para una nueva iniciativa y para la fundación de una nueva comunidad.



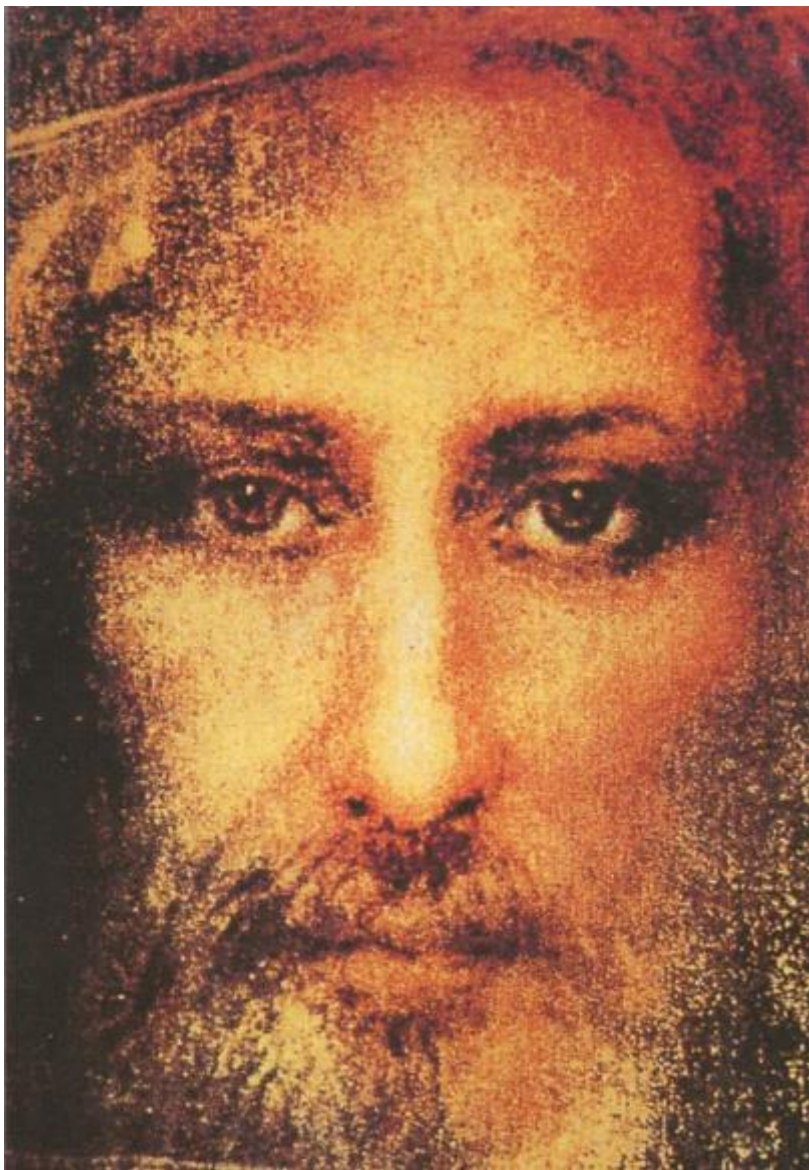
Dios, al fin, rompió por una vez su silencio. Removió la piedra del sepulcro y llamó a su hijo a la vida deshaciendo las ligaduras de la muerte. Dios no había actuado nunca antes en las causas primeras del mundo y no lo hará tampoco después. Esta es la excepción. Dios eligió intervenir creando mediante al resurrección de su hijo un suplemento de realidad a continuación del mundo.



Al abandonar su pasividad para evitar que el yo del galileo quedase aniquilado, Dios otorga una tardía pero definitiva acreditación a su ejemplaridad previamente desacreditada por y ante el mundo.

Dios lo rehabilita y legitima su causa.

La resurrección supone el cumplimiento a posteriori, en la persona del predicador, de lo que él mismo predicaba: la venida del reino. Pero el concepto ha sido reabsorbido y superado por el de la resurrección.



La resurrección no introduce un cambio en las estructuras del mundo: ni un mundo mejor, ni un mundo distinto, ni más mundo. Su estructural injusticia no ha sido cancelada, ni externamente modificada, pero sí ha perdido su antiguo totalitarismo sobre el hombre y por primera vez se le hace posible a éste algo así como una “buena muerte”.

La acción divina de resucitarlo supone el nacimiento de la esperanza: uno de los nuestros ha muerto, pero no está muerto ni es un muerto, sino un viviente.